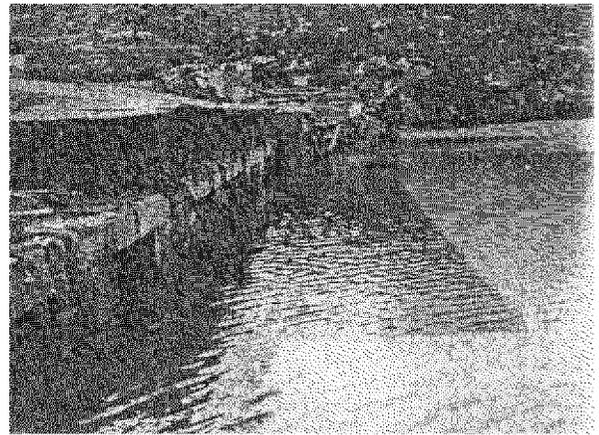


TRAGEDIA. La tragedia ha sido enorme, nos ha dejado en estado de calamidad, nuestro país entero es zona de desastre, rebasa nuestra capacidad de respuesta.



Sumatra, en el Pacífico.

Mitch, es pues, hoy junto a Honduras, un récord negativo del libro Guinness, y posiblemente su secuela sea más grave que la de Fifi, tal como lo fue su fuerza y su errático rumbo que desconcertó a quienes creían saberlo todo sobre huracanes, los meteorólogos de todo el mundo y a las estrellas entre ellos: los del Centro de Huracanes de Miami, Estados Unidos de América, que pese a toda su tecnología, no dieron pie con bola en sus pronósticos.

Mitch viraba y se devolvía, se estacionó en Honduras y se metió en todo su territorio, recorrió siniestramente el territorio insular, el oriente, el norte, el sur y el centro del país.

Pérdidas cuantiosas

Sus lluvias dejaron bajo el agua el setenta por ciento del territorio habitado, cultivado y de servicio a la nación hondureña, el número exacto de muertes no se sabrá nunca pero son miles, lo mismo los considerados desaparecidos, el número de damnificados sobrepasó los mil miles, y las pérdidas materiales se cuantificarán algún día con exactitud.

Baste decir que la infraestructura vial fue dañada en su setenta por ciento, que se perdieron miles de hectáreas de cultivo, hatos ganaderos enteros, miles de viviendas fueron destruidas, pueblos enteros fueron arrasados y las ciudades grandes las convirtió en una especie de pastel ya dividido dejándolas incomunicadas no sólo entre sí sino del resto del país y cayeron como polvorones mojados en café más de 120 puentes principales y un número similar de secundarios.

Las carreteras se hundieron en tramos, otros fueron cubiertos por aluviones, deslaves, corrimientos y derrumbes, el país quedó completamente incomunicado, las empresas de servicios públicos aún cuando

perdieron sus parques completos de vehículos, herramientas y equipos, trabajaron intensamente y por ello el aislamiento no fue total.

Tegucigalpa en las zonas aledañas al Río Grande o Choluteca, ese que inspiró al poeta Juan Ramón Molina a cantarle, presentaba el aspecto de Londres y Berlín, tras los bombardeos aéreos de saturación de comienzos y postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

Nadie pensaba que una correntada, que fue lo que hubo, pudiese causar tal destrozo, pero es que la riada fue de una magnitud impresionante, hubo zonas donde el agua subió; que tenían espacios entre el cauce del río y las viviendas que se llevó de más de cincuenta metros de altura más el espacio entre el abismo, la calle y las viviendas, como en Loarque y la Satélite por ejemplo.

Luego las aguas atacaron también las zonas altas, esas consideradas de alto riesgo, provocando deslaves, aluviones, deslizamientos, corrimiento y hundimiento de tierras, con la consiguiente consecuencia de muerte, destrucción, desplazados y damnificados.

La tragedia ha sido enorme, nos ha dejado en estado de calamidad, nuestro país entero es zona de desastre, rebasa nuestra capacidad de respuesta, pero no la enormidad de nuestra solidaridad y voluntad de hierro de no sucumbir ante la adversidad, las conciencias de los que sobrevivimos y no perdimos nada están de pie, la tarea de reconstrucción aunque nos asusta no nos espanta y vamos por ella.

Por eso es que me adhiero muy per-

sonalmente al presidente de la República, ingeniero Carlos Roberto Flores Facussé, quien con «vergüenza y dignidad» lanzó un S.O.S a la comunidad internacional para que envíe ayuda, fundamentalmente comida enlatada

Aceptó el mandatario que por nosotros mismos, aún haciendo uso de todos los recursos disponibles, es imposible enfrentar los hechos, y esto que se ha empeñado en ello todo lo que tenemos lo que demuestra que aún estando heridos de muerte no agonizamos y nos negamos a hacerlo.

■ Algún día tan sólo serán un recuerdo imborrable en la negra página de nuestras grandes tragedias, pero estaremos viendo hacia atrás con las lecciones aprendidas de su paso por nuestra sufrida y querida Honduras.

La tarea de la construcción es enorme si Fifi nos tiró una treintena de años al pasado en materia de desarrollo, Mitch con más del doble de fuerza nos manda a cerca de sesenta años más al fondo del desarrollo, con enorme desventaja que ayuda internacional ahora está más lenta frente a Mitch.

Empero, aliento, la buena voluntad

la gran fe, el espíritu de superación, la consistencia y persistente vocación de lucha del pueblo hondureño están incólumes y por mucho que nos cueste salir adelante, marchamos hacia la reposición de todo lo perdido lenta pero indeteniblemente.

No importa pues, que Fifi y Mitch sean los huracanes que llegaron para quedarse para siempre entre nosotros, algún día tan sólo serán un recuerdo imborrable en la negra página de nuestras grandes tragedias, pero estaremos viendo hacia atrás con las lecciones aprendidas de su paso por nuestra sufrida y querida Honduras, para que nada nos vuelva a destruir aunque la naturaleza es impredecible y cuando se desata no la detiene más que el gran poder de Dios.